

El grupo se componía de Montalt y de las dos hijas del tío Juan.

La mano de Blas pesó sobre el hombro del antiguo bandido.

—¡Helas allí! repitió, ¡y en cuerpo y alma!... ¿No las ahogaste tú, Bibandier?

—Te lo juro bajo palabra de honor, replicó éste.

Las arrojé al fondo del agua con una piedra al cuello.... ya lo sabes.... Esas no pueden ser más que fantasmas.

Blas le miró de frente, moviendo la cabeza.

En ese momento Montalt estrechaba contra su corazón las manos unidas de las dos jóvenes.

—¡Fantasmas!.... murmuró Blas; creo que te burlas de nosotros, señor baron!.... Y si así fuere, te juro que no serás tú el que vayas al paraíso.... pero observemos, añadió, apretando los puños con cólera; cómo se hablan! Tengo el convencimiento de que Montalt conoce ya tan bien como nosotros la historia de la noche de San Luis.

—¡Si nos delatarán! observó Bibandier en voz baja.

Blas tenía también esa misma idea, pero confiaba en la habilidad de Roberto; comprendió que lo más prudente era reservar la situación para el día siguiente.

En ese tiempo pasaron muy cerca de ellos Enrique y Roger para internarse en la espesura.

Blas se golpeó la frente.

—Aun nos queda que hacer aquí algo, dijo.... ya ves allí á nuestros dos enamorados de Penhoel.

—Parece que buscan algo.

—Aquello es lo que buscan.

—No sé cómo Roberto arreglará esto mañana; pero me ocurre una idea.... ¿Piensas que no nos habrán reconocido?

—Pondría la mano en el fuego.

—Pues bien; ¡ya se la armaremos al nabab! Aun no estamos presos.... con los dos enamorados aquí.... el pequeño Pontalés, que está en Paris, y otros recursos que Roberto nos proporcionará, se puede dar un golpe magnífico.

—¿Cómo?

—Ya tendremos tiempo de hablar. Por ahora lo que debemos hacer es no estar parados. Sigamos á esos mozos y haz lo que te digo.

Bajaron la cuesta y se perdieron en los bosques hablando en voz baja.

Enrique y Roger estaban delante de ellos.

—Es que... dijo el baron Bibandier prosiguiendo la conversacion, no me atrevo á ir á presentarles mis respetos; ¿por qué no vas tú?

—¡Estás loco!.... me veían todos los días; siempre estaba delante de ellos; solo mi voz bastara para que me reconociesen.

—No tal, Zalamero, no tal. Te aseguro que estás muy bien disfrazado. Tu barba y la peluca te hacen....

—¡Vamos! A tí apenas te han visto dos ó tres

veces, y estoy convencido de que no han fijado la atención en tí.

—Pero, hombre....

—¿Quieres?

—¡Bah!

—Ten presente que seremos dos contra tí en caso de que nos incomodemos, porque el Americano no cree en fantasmas.

Desde el momento en que la bayadera de cinturón verde se había aparecido, ó mas bien desde el encuentro que había tenido en los Campos Elíseos con las dos jóvenes tocando el arpa, había perdido el noble baron de Bibandier la mayor parte de su apariencia elegante y hasta de su tranquilidad. Apenas se hubiera podido hallar en él la sombra de aquel arrogante caballero de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, que tenía voz y voto y que hablaba aun mas alto que los otros.

Comprendía su falta, y cuanto mas comprendía las probabilidades de que sus dos asociados perdieran sus ventajas, temía mas la venganza de éstos.

—Ya sabes, Zalamero, dijo, que tanto me importan tus amenazas como las hojas que lleva el viento. El Americano y tú, y diez mas de vuestra calidad, no serian suficientes á causarme miedo.... pero estamos unidos y es preciso trabajar algo.... Consiento.

—¿Recuerdas lo que te he dicho?

—¿Me tomas por algun tonto? ¡déjame escoger y verás!

Blas y él siguieron á los dos jóvenes durante algunos minutos; luego, en el momento en que éstos entraban en el baile, abandonó Bibandier á su compañero y se acercó á ellos aparentando maneras exageradas de extranjero.

Lo que había previsto Blas sucedió: á los dos jóvenes no les ocurrió la idea de que hubiesen podido ver aquella fisonomía en ninguna parte.

—A vuestras órdenes, caballero, dijo Enrique.

—¡Muy amable, muy amable!.... dijo Bibandier; dispensadme que os interrumpa, pero se me figura que buscáis á alguno....

—¡Caballero!....

—Hablemos poco y bien. ¿Buscáis á esas señoritas disfrazadas con el lindo traje de bayaderas?

A estas últimas palabras tuvieron Enrique y Roger al mismo tiempo el pensamiento de una burla.

—¿Cómo sabéis eso? preguntó Enrique brusca-
mente.

Y Roger añadió con tono de amenaza:

—Este señor es alguno de los actores de la farsa.

Bibandier no comprendía. Pero en efecto, era actor de cierto mérito en comedia y no tenía ninguna pretension á la temeridad.

—Mis buenos amigos, dijo dando un paso hácia atrás para hacer su retirada posible en caso de desgracia; soy el baron de Bibandier, y me lisonjeo de poder servirlos mostrándoos á esas niñas que buscáis con tanto empeño, y que están vestidas de bayaderas.

Pronunció estas palabras con tal acento de verdad y de buena fe, que Enrique y Roger se sintieron casi desarmados. Miraron fijamente al barón, que tenía muy buena figura, á pesar de su barba.

—¿Sabeis dónde están? murmuró Roger con tono de duda.

—Sí.

—Pues bien, conducidnos á ellas!

El antiguo bandido no se hizo repetir estas palabras. Dirigióse inmediatamente hácia la ventana y subió la cuestecita precediendo á los dos amigos.

Detúvose en el sitio desde donde se descubría el interior del gabinete.

Estendió el brazo é hizo un gesto solemne.

Enrique y Roger lanzaron un grito.

La casualidad habia favorecido á Bibandier. En el momento en que los dos jóvenes seguian con la vista su brazo estendido, terminaban su canto Elena y Diana, acercándose al nabab ya dormido.

Imposible era no reconocerlas esa vez, porque la girándula las alumbraba con una luz tan viva cual la del sol.

Fué un rayo que hirió á los dos jóvenes. Vieron á Diana levantar la mano del nabab hasta sus labios, mientras que Elena le besaba en la frente.

Volviéronse á su guía.

El prudente Bibandier habia emprendido la retirada.

En aquel momento corrian la cortina las dos jóvenes.

No se veía mas.

Enrique y Roger permanecieron aterrados un momento.

Luego Roger cogió el brazo de su amigo.

—Los dos hemos sido burlados, exclamaron con voz que la rabia hacia temblar. ¡Ah! ¡ahora comprendo la conducta de milor! Todo cuanto le hemos dicho de ellas escitaba su fantasía, y para que cegáramos y no viéramos su infamia atravesaban en nuestro camino mujeres perdidas..... ¡Su vida no es bastante á nuestra venganza!

Enrique permanecía inmóvil y con la cabeza baja.

—¡Diana! ¡Diana! murmuraba como si no hubiera querido creer lo que ante sus ojos tenia; ¡es posible!

Roger le cogió el brazo.

—¡Ven, exclamó, ven! Se abrasa mi cabeza.... ¡Oh! ¡Elena la querida de ese hombre!.... ¡menos aún que su querida, una de las sultanas pasajeras de su infame serrallo!.....

Y arrastraba á Enrique á través del jardín.

El joven pintor no oponia resistencia; su pensamiento estaba como muerto.

Entraron en el palacio y llegaron despues de algunos segundos á la puerta del gabinete.

Roger fué el primero que quiso forzar el paso.

Pero su furioso impetu se estrelló contra una especie de muro humano: los dos negros estaban delante del dintel.

—¡Miserables! exclamó Roger, ¿osareis resistirnos? Paso... es preciso que yo hable á milor.

Seid y su compañero guardaron silencio sin hacer el menor movimiento.

Roger se lanzó de nuevo, pero no obtuvo mejor éxito.

Al ir á precipitarse por tercera vez, lo cogió por un brazo Enrique y lo detuvo.

—Milor está esta noche muy bien guardado.... murmuró con voz profunda y llena de amargura.

Despues añadió dirigiéndose á los dos negros:

—Decid á vuestro amo que nosotros abandonamos su casa para siempre.... Pero que no por eso nos despedimos de él.... Decidle que mañana nos verá.

Y á su vez arrastró á Roger mientras que los dos negros permanecian allí centinelas impasibles y mudos.....

Trascurrieron dos horas.

La fatiga y la embriaguez dieron fin á la fiesta del nabab.

Nadie habia ya en el jardín, en que penetraba el frio de la noche.

Los criados habian apagado todas las luces.

En el palacio, antes tan brillante, reinaba un silencio profundo.

Dormian todos.

Todos escepto Diana y Elena, que acababan de entrar en la habitacion de los trajes.

Diana cerró la ventana del jardín y escogió entre los vestidos colgados uno de un jóven elegante. Elena la imitó.

Ambas emprendieron de una manera muy graciosa la difícil obra de vestirse de hombres.

Ciertamente no era por capricho, pues habia en proyecto alguna expedicion importante, porque hubièis hallado en sus lindos y alegres rostros aquel alegre valor que las hacia sonreir otras veces en Penhoel cuando llegaba la hora de dar la batalla.

Eran buenos soldados, alegres al fuego y embriagándose con el olor de la pólvora.

—¡Qué duro es este grosero cuerol decia Elena intentando ponerse un par de botas; ya verás como no las encuentro tan pequeñas como mi pié.

—Caballerito, dijo Diana alegremente, sois muy presumido.

Y Elena soltó la carcajada.

Puestas las botas, se pasó al pantalon, cortado para mujer, pero cuya cintura no era muy delgada. Dios sabe que pasaron todos los trabajos del mundo para hacerse el lazo de la corbata.

Diana queria el clásico lazo. Elena gustaba mas de las dos puntas á lo calavera.

Disputaron por cuál habia de ser. Despues vieron el chaleco, el chal y la fina y delicada levita.

El tocador estaba terminado. Se miraron riendo como locas, y Diana repuso despues sería:

—¡Pobre Elena mial dijo; eres diez veces mas bella que un muchacho.

—Y tú tambien.... exclamó Elena; eres celosa y no quieres decirme que soy una gran figura.

Diana la tomó de la mano y la llevó delante de un espejo.

Preguntado el espejo, reflejó las dos caras mas lindas de caballeros que se puedan imaginar.

Movieron la cabeza con desaliento.

—Si aparentamos tener menos edad.... dijo Elena.... ¡Estamos aún en el colegio!

Despues en medio de su alegría exhalaron juntas un profundo suspiro.

—¡Dios mio! murmuró Elena, ¿qué haremos para ponernos feas?

Diana besó los hermosos cabellos castaños cuyos bucles ondeaban en torno de la cabeza de su hermana.

—He ahí lo imposible, dijo; pero para aparecer muchachos no necesitamos ser feas.

—¡Ya lo creo! exclamó Elena. ¡Era tan bello Roger!

—Antes de perseguir á aquella rubia....

—Como Enrique cuando no iba detrás de las morenas.

Perdieron su sonrisa, arrepentidas las dos de haber pronunciado esas palabras, que se asemejaban mucho á la ironía.

—Yo he empezado, hermanita, dijo tímidamente Diana.

—Y yo soy una pícara, porque sé que él te ama. Pero Roger.... ¡oh! Roger me pagará las lágrimas que he derramado esta noche bajo la careta.

Diana la estrechó contra su corazon.

—Te pido su perdon, murmuró; es un niño como tú, y yo sé que ahora está muy triste.

—¡Una idea! exclamó Elena; puesto que es preciso que seamos hombres por una hora, procuremos parecernos.

—¿A quién?

—Tú á Enrique, yo á ese calavera de Roger. Veamos; ponte ahí. Enrique tiene ojos grandes y melancólicos como tú. Imita su sonrisa y su cabeza inclinada. Así es; bravo, muy bien, Mr. Enrique.

Y la loca hacia reverendos saludos.

—Ahora me toca á mí, replicó. Os represento á Mr. Roger de Launoy con un ademan resuelto y mirada escrutadora.

—¡Bravo! dijo Diana á su vez; no te falta mas que un poquito de bigote.

—¡Oh! sí, pero poco.

—Algunas pulgadas mas.

—Andaré de pantillas.

—Y algunos bucles menos en torno de esa cabeza sin juicio.

Elena se lanzó hácia su velador, del que tomó un par de tijeras; despues tomando á manos llenas las sedosas masas de su cabellera, se puso á cortar sin misericordia.

Diana lanzó un grito y quiso detenerla, pero no era ya tiempo. Las masas, cortadas con mano firme, inundaban el pavimento.

—¡Oh hermana! dijo Diana; tus hermosos cabellos, que yo quería tanto!

—También yo los quería mucho, pero ya volverán á crecer, y además, no me compadezcas tanto, prosiguió introduciendo las tijeras implacables en la cabellera de Diana. Voy á ponerte como yo.

Las tijeras cortaban, cortaban. Había en el pavimento cabellos para hacer tres pelucas á lo Luis XIV.

Las dos hermanas se reían al despojarse de ese hermoso adorno.

Cuando hubo caído el último bucle, interrogaron de nuevo al espejo, que esta vez representó dos fisonomías vivas, alegres y maliciosas, dos verdaderos rostros de paje.

Saltaron de alegría.

—Ahora un poco de bigote, dijo Elena. En el tocador he visto los colores.

Abrió un cajón y trazó una línea oscura sobre su labio superior.

Diana no retrocedió ante este último detalle.

La metamorfosis era completa.

Restaban aún algunos accesorios.

Escogieron cada una entre las diminutas armas colocadas en un armario, dos pistolas que ocultaron bajo sus levitas.

Llenaron sus bolsillos con los luses de oro que

contenían las bolsitas del nabab, y después se dirigieron hácia la puerta con sus correspondientes sombreros redondos y el bastón en la mano.

Antes de salir, sus manos, cubiertas de finos guantes, enviaron un beso á Montalt.

La puerta se abrió.

Los dos negros, que velaban siempre de la parte de afuera, las miraron con sorpresa, haciendo como que se iban á oponer á su paso.

—¿No os ha mandado milor que obedezcais todas nuestras órdenes? dijo Diana con tono imperioso.

Seid dudó, inclinándose luego como en muestra de sumision.

—¡Y bien! prosiguió Diana; os mando que hagáis enganchar al momento los caballos; queremos ir á pasear.

—¿A estas horas de la noche? murmuró el negro.

—¡Es nuestra voluntad! dijo Diana.

El negro se inclinó, alejándose para obedecer.